

Chirbes por dentro

Reportaje. Sus 'Diarios' impresionan por su crudeza y desnudez y están guiados por una sensación de fracaso vital que lo aboca a una soledad implacable

Rafael Chirbes, fotografiado en Barcelona en 2013.
ANDREU DALMAU



ÍÑIGO LINAJE

Esta vez va en serio. Hacía años que no atravesaba una depresión parecida. Desde hace tres meses, no hago más que sufrir. Han vuelto los síntomas que me llevaron a un intento de suicidio en la adolescencia: las cosas se me caen de las manos y se rompen, no como, no duermo, vivo en un estado de tensión permanente.» Lo escribió Rafael Chirbes el 30 de marzo de 2003. Es una de las entradas de su diario. El autor de 'Crematorio' y 'En la orilla', dos de las novelas españolas más aclamadas de principios de siglo, ya nos regaló en 2016 un espléndido relato autobiográfico: 'Paris-Austerlitz'. Ahora se publica, también póstumamente y a la espera de un segundo volumen, el primer tomo de sus 'Diarios': unos cuadernos íntimos tan llenos de luces y sombras como de amargura y verdad. Rafael Chirbes murió en el verano de 2015, pero su obra —su memoria vital— está más viva que nunca.

La solapa del libro, editado por Anagrama, dice que estamos ante el autorretrato sin máscaras de un ser humano. Y es verdad. Pero el juicio se queda corto, ya que estos textos deben ingresar desde ahora —tanto por la maestría de su escritura como por su carácter hondo y revelador— entre lo mejor de

nuestra tradición diarística. Los cuadernos que recoge el libro habían sido sometidos a un trabajo de reescritura en los últimos años de vida del autor, una vez que Chirbes agotó su caudal como narrador de ficción. El material reunido en ellos impresiona tanto por su crudeza y desnudez como por la naturalidad de su exposición.

Hay un hilo conductor que une todas y cada una de las páginas de este diario: una sensación de fracaso vital que aboca al protagonista a una soledad creciente e implacable. Sus primeros apuntes, fechados en Madrid cuando cuenta 36 años, nos hablan de sus problemas de salud, de sus insomnios, de una ruptura sentimental reciente. A los asuntos domésticos y a su trabajo como periodista se suman sus reflexiones en torno al amor y sus lecturas. También la duda recurrente respecto a su destino como escritor, que le acompañará toda la vida.

Estos textos deben ingresar desde ahora entre lo mejor de nuestra tradición diarística

Entre Madrid y París discurre su existencia entre mediados de los ochenta y 1992, año en que muere François, su amante francés. Y es en este periodo, a la par apacible y turbulento, en el que encontramos algunos de los pasajes más descarnados del diario. Chirbes narra aquí escenas de sexo explícito, de un erotismo impúdico y desatado: páginas de una hermosura carnal desoladora. El amor convive en ellas con el odio y los celos, las amenazas de ruptura con las reconciliaciones, la sordidez de nuestros instintos más bajos con la pureza. Mientras, el escritor oficia de paseante de una ciudad que le ofrece innumerables atractivos: cafés, museos, cines, librerías. Y de viajero impenitente que va y vuelve a la capital francesa.

Infancia y juventud

Si la primera parte del libro resulta prodigiosa por su carácter confesional, la segunda deja de lado los avatares sentimentales y esboza lo que podríamos llamar una poética de la novela, una suerte de reflexión minuciosa acerca de cómo un narrador debe encontrar su voz personal. A la vez, Chirbes va trazando —como si de un crítico literario se tratara— todo un mapa de lecturas y una revisión de sus referentes (Balzac, Dostoievski, Musil, Broch), de los que extrae abun-

dantes citas y notas para sus novelas. Asimismo, los cuadernos centrales contienen evocaciones de su infancia y juventud, donde se mezclan noches y viajes, encuentros y desencuentros, amantes y ligues ocasionales, retratos o recuerdos de familiares y amigos.

A partir del año 2000, instalado ya en Beniarbeig, su pueblo natal, y gracias al interés que despertó su obra en el extranjero, comienza a dar lecturas de sus libros en algunas ciudades de Europa (especialmente Alemania), de modo que muchas de sus anotaciones darán cuenta de esos periplos viajeros. En ellas registra las impresiones de los paisajes que ve y algunas anécdotas —llenas de humor y sarcasmo— de sus charlas y cenas literarias. Entre tanto, cada varias páginas, asoman sus fantasmas personales: la lucha contra la depresión, sus bloqueos literarios, la falta de perspectivas vitales y profesionales, su dependencia del al-

Al final del libro no ahorra sátiras ni agravios hacia sus escritores coetáneos o la crítica literaria

cohol.

«Días larguísimo. Bebo, fumo, me curo de la resaca de ayer empujando el camino de la mañana. Siempre me ronda la idea de irme. No estar. Cuando llegue la degradación a buscarle, que tú ya no estés.» Si el escritor se muestra implacable consigo mismo en sus cuadernos, no lo es menos con los demás. Hay, al final del libro, juicios sobre escritores coetáneos en los que no ahorra sátiras ni agravios. Lo mismo sucede cuando se refiere a ciertos sectores de la política (habla de «la traición de la Transición») o a la crítica literaria de este país.

Nadie duda que detrás de estos apuntes se esconde un hombre excesivo y despiadado, pero también uno sensible y vulnerable. Nadie es indiferente a la ternura que inspiran los retratos que hace de sus compañeros de internado, a la belleza impresionista de los paisajes que dibuja en sus viajes en tren, al apasionamiento con el que habla de cine o de arte. Los 'Diarios' de Rafael Chirbes, escritos con la prosa aguerrida y torrencial de sus mejores novelas, son un ejercicio de autoanálisis demoledor, un libro solo comparable a 'La hierba crece despacio', de Ignacio Carrión, que quedará como uno de los testamentos literarios y vitales más lúcidos y descarnados de nuestras letras.